

# monólogo con

Angela Figuera reside en un barrio madrileño todavía milagrosamente encalmado. Hay flores tras una verja y, entre los arriates, trinan los pájaros. El edificio tiene parterres modestos, senderos empedrados, un a modo de vestíbulo de entrada a varias escaleras independientes. El día de mi llegada el esposo de Angela Figuera había sufrido un accidente y Angela buscaba el norte que no había de permitirnos el sosiego de la prolongada charla que habíamos proyectado. Apenas si tuve ocasión de entrevérla, dinámica, controlando los nervios, como el nervio que aflora en su poesía, la voz grave, pastosa, honda y resonante, chorreando palabras emitidas en perfecta dicción. Fue la que recogí una imagen clara pero fugaz de una personalidad rotunda, que mucho antes me había salido al encuentro y me había atraído con fuerza desde sus libros de poemas. Vinieron luego los últimos meses, plagados de vicisitudes, aplazando aquella charla que convinimos había de ser espontánea, como lo es Angela Figuera por inclinación irreprimible.

—Amigo Robert, ¿ha visto usted por casualidad la película "La niña de luto"? ¿La recuerda? Pues yo, sin saber cómo, me he acordado de ella, porque a nosotros nos pasa algo parecido. Aquellos novios no podían verse ni hablarse a gusto, ni coincidían, ni nada. Pues bien, nuestras relaciones, de muy diversa índole, claro, tienen la mismísima mala sombra. No ha habido modo, hasta ahora, de que yo cumpliera con usted. Pero aquí estoy, dispuesta y allá va cuanto usted desea de mí. Empezamos

por mi obra, ¿no? Creo que no me es posible contemplarla reflejada en un espejo. Y cuando la veo impresa me parece que no es "precisamente", ni exactamente, como yo quería decir lo que sentía, pero me resigno y me consuelo cuando veo que a los otros, aunque sean pocos, les dice algo, les gusta, les conmueve y hasta les acompaña y les consuela. Entonces sí creo que mis poemas tienen algún valor. Pienso que al expresar mis sentimientos de amor, de indignación, de esperanza, de compasión o de ira, al hacerlos públicos he logrado dos cosas muy importantes para mí: primero, al expresarme por medio del poema liberaba el impulso creador que desde casi niña me empujaba a lograr la belleza poética que, en mis lecturas, admiraba en otros autores. Al conseguir algo que me satisficiera (aunque nunca del todo), era como si descansara, como si me afirmara en la vida, como si tuviera el derecho a contarme entre los que viven en nuestra tierra. Y en segundo lugar (en el tiempo, no en la categoría), y especialmente a partir de "Vencida por el Angel": he perseguido algo que para mí es esencial: salir de mí misma, de mis aconteceres y solidarizarme con todos los hijos de madre, hermanos y compañeros en esta tremenda, apasionante y difícil aventura que es vivir. Así he pretendido y pretendo que mi voz se oiga, llegue a alguien y le sirva de algo que puede ser puro goce estético, ayuda, emoción, algo positivo, en suma. Escribo así para todos. Sé que pocos me escuchan, pero he repetido mil veces que si un solo ser humano se siente comprendido, acompañado, estimulado, o incluso inquieto y molesto por la parte crítica y denunciadora de mis versos, me doy por satisfecha. Puedo decir que he tenido pruebas de que eso ha ocurrido en los lugares más impensados, donde se sufría o se luchaba por algo hermoso: por la libertad, la dignidad humana, por el pan suficiente y la cultura para todos. Por eso, más que los elogios, cuando a veces llegan, de la crí-



algo más sobre  
ángela figuera aymerich

# ángela figuera

tica "profesional" y erudita, me llenan de gozo algunas cartas de gente anónima, tan entusiastas como mal escritas. Eso creo que es mi obra. ¿Qué soy yo? Nada. Una mujer, sencillamente, que tras mirar y vivir su propia vida ha mirado a su alrededor y escribe sus reacciones del modo que mejor sabe. No hay nada extraordinario ni mágico en ello. Unos nacen con disposición y devoción a las matemáticas, otros a la música o a la mecánica. Del mismo modo se nace con el afán y la disposición de escribir. No es ningún mérito. Desde niña adoraba la poesía e intentaba escribirla por mi cuenta. Malos versos imitativos, inexpertos y sobrecargados que no publiqué y de los que apenas conservo unos cuantos. Con las lógicas diferencias y gradaciones de temas y de calidad seguí escribiendo en mi juventud y en mi madurez. Poesía más bien subjetiva e introspectiva: amor, dolor, naturaleza, reflexiones más o menos filosóficas o metafísicas muy elementales... ¡qué sé yo! Luego vino el amor en presencia, el hijo... Este nació en plena guerra, en Madrid. Sí, pasé la guerra y la posguerra aquí, fueron varios años durísimos y amargos, erizados de trabajo, dificultades y dolores. Nada escribí en su transcurso. Lo principal, lo único era vivir, sobrevivir. Después, mucho después, es cuando tuve un poco de reposo para pensar y escribir. Claro que todo lo visto y sufrido en los años aquellos lo llevaba clavado en la carne y en el alma e influyó decisivamente en mi poesía. Primero salió mi libro "Mujer de barro". En él se encierran "todavía" sentimientos, goces íntimos extraídos del amor y la maternidad. Luego vendría "Soria pura", que es la expresión de mis primeros años remansados, del tiempo de descanso que durante varios veranos pasé en esa tierra soriana tan bella y tan llena de serenidad. Esa fue mi primera poesía publicada. Mi poesía subjetiva. Yo y los míos, descansando tras la tormenta. Hecho esto me detuve, abrí los ojos y miré a mi alrededor. España, mi España



en posguerra y el mundo en guerra. España era mi tierra maltratada y herida. Pero el mundo también era "mi" mundo, porque toda la Tierra es patria de todo hombre. Miré hacia atrás, me enfrenté con el presente y supe que no se podía "descansar", que no había tiempo ni lugar para ello. No teníamos derecho a un descanso personal y exclusivo, aunque hubiera sido ganado a tan terrible precio. Así, otras ideas, otros sentimientos llenaron mi poesía y salió "Vencida por el Ángel". Ahí empieza mi poesía preocupada. La forma no es aún lo que yo hubiera querido y buscaba. Por entonces publicó Celaya "Las cosas como son". Fue para mí una revelación. Lo que yo quería decir en mis poemas "podía" decirse en un lenguaje más sencillo, menos engolado y "poetísimo". Y para mí era evidente que había de decirse así. Era un poco el lenguaje de todos, pero iluminado desde dentro, por un ascua invisible de poesía, de una poesía que no es-

tá necesaria y únicamente en las bellas palabras ni en las alambicadas metáforas, sino en algo interior, indescritible e inexplicable, como decía otro poeta amigo mío. Mi siguiente libro, "Belleza cruel", es un libro rabioso que hervía y fermentaba en mi interior desde hacía tiempo, y, al fin, pudo ser publicado en México. Ahí está: que él hable por mí. En el mejor modo que supe, a golpes, no sé si bien o mal, de un modo sincero, salido a borbotones de mi sentir, expreso indignación, rencor rabioso, censura, y... hasta una esperanza, que me atrevo a llamar desesperada, en un mañana que está en manos de la juventud. Un mañana que tarda en llegar. Pero que ha de llegar al fin aunque yo no lo vea. Después vienen otras cosas, mucho más sosegadas, nacidas en esa espera y que oscilan entre el dolor y la fe en algo mejor. Luego he callado.



**librería  
herriak**

Licenciado Pozo 11 - 48008 BILBAO

**Planta calle**

☎ 432 49 21

literatura  
libro vasco  
ensayo literario  
lingüística diccionarios  
filosofía cultura clásica  
derecho política  
historia geografía  
sociología antropología  
ciencias de la información  
bellas artes  
libro infantil juvenil

**Planta alta**

☎ 443 48 07

medicina enfermería  
psicología  
pedagogía  
educación física y deportes

**Planta baja**

☎ 443 47 08

informática  
economía empresa  
plantas naturales ecología  
matemáticas física química  
filosofía de la ciencia  
agricultura

**VERDES**

**LIBURUDENDA**

**CORREO KALEA, 7**

☎ 415 87 74 - 416 02 37

**48005 - BILBO**

*No sé bien por qué. Me lo preguntan y me lo pregunto. No sé contestar. Algo he escrito y he roto mucho. Acaso estoy cansada de gritar y quiero sentarme un poco, ser abuela y mujer de mi casa y gozar de mi vejez cuando puedo olvidar mis preocupaciones que no cesan, sino que se crecen ante la marcha del mundo y el dolor de los pueblos que constantemente muerde a los más débiles.*

No se exalta al hablar Angela Figuera. Pero sí se apasiona, y su voz estoy seguro, llena el ámbito del piso, formidablemente instalado. Angela Figuera gesticula sin aspavientos. Hay un caudal inmenso de humanidad detrás de cada palabra, que rebosa y arrastra consigo al interlocutor. Uno tiene la impresión de hallarse no ante una mujer entrada en la setentena, sino frente a una persona joven, vital, luchadora, que junto al relampagueo del sufrimiento que destilan las niñas foscas de sus ojos, aletea la ilusión, la firmeza, la rebeldía que nunca cesa de manar.

*— ¡Dale con mi biografía!  
¡La puede ver todo el mundo, vulgar y escueta, en las solapas de mis libros, en algunas historias de la literatura, en algunos diccionarios. ¿Qué más? Lo demás es "materia reservada", sólo mía, "top secret" como dicen por ahí. De acuerdo, de acuerdo. Poco menos que telegráfica, ¿eh? Nacida en Bilbao en 1902, en una familia de clase media sin un céntimo de capital. Buenas costumbres, eso sí. Buen colegio de monjitas (francesas, o sea, menos monjitas y mejor enseñanza). Bachillerato casi a contrapelo: éramos cinco muchachas entre ciento cincuenta varoncitos. Carrera de Filosofía y Letras, libre, en Madrid. Muerte de mi padre a los cuarenta y nueve años. El era nuestro único capital y nos quedamos en la calle mi madre, mi abuela, yo y mis siete hermanos, todos menores. Mi último año lo pasé en casa de un hermano de mi padre en Madrid. Vueltas a Bilbao, a luchar y a llevar mi casa, pues por necesidad de las circus-*

*tancias tuve que declararme jefe de familia numerosa. Nos pareció más discreto y conveniente trasladar a Madrid nuestra lucha por la vida, que no fue un juego precisamente. Omito por pudor los detalles. Poco a poco nos fuimos enderezando. Cursos de 1933 para cátedra de instituto. Destino en Huelva. Me caso. Mi marido, ingeniero industrial como mi padre, oposita también y vivimos en Huelva hasta 1936. La guerra nos sorprende en Madrid. Y la posguerra también. Al final de la guerra, otra vez en la calle, peor que antes, y a empezar de nuevo. ¿Qué más? Nueva lucha y, al fin, otra vez a flote. Nuestro hijo, también ingeniero industrial, muy bien colocado y bien casado con una muchacha universitaria a la que adoramos, igual que a los nietos que nos han dado. Nosotros, ahora, somos "los yayos" para unos, y los "viejos" para los otros. Nos sentimos queridos y sin conflictos "generacionales". Descansamos. Nada más. ¿no es mucho? ¿No es demasiado?. Si no hubiera tanto dolor, y tanto disparate, y tanta violencia, y tanta rapacidad en el mundo... ¿De no haber estallado la guerra? ¿Qué sé yo cómo hubiera podido ser mi vida. Pero la guerra fue y es un hecho fundamental con el que hemos de contar a la fuerza. Y aquí estoy como soy ahora, después de ella y de la que siguió, herida por las que se siguen, aunque no me toquen tan directamente. Y de ello derivan mis actitudes políticas. Están reflejadas en mis libros y, por supuesto, en todo lo que aquí digo. Antes y ahora estoy con los débiles y contra los poderosos: Quiero la libertad, la justicia en todos los órdenes; quiero que ser persona le signifique todo; quiero que se respete la dignidad del ser humano sin discriminación de ninguna clase, cualquiera que sea su color, su condición y su ideología. Quiero que todo el mundo pueda trabajar, comer, saber, disfrutar, sufrir, hablar, pensar, crear y morir en libertad, respetando la libertad y la personalidad de los otros sin explotar a nadie y sin vivir a costa de nadie y sin que nadie viva a costa suya.*

Quiero, en resumen, todo lo que me parece justo que debe tenerse y que hoy no tiene apenas nadie. Acaso sea un sueño imposible. Acaso, no lo niego. Es más fácil soñar que vivir. Más fácil decir que hacer. Y yo a veces me pregunto: ¿Qué he hecho para que todo eso que ansío se cumpla? No sé. Puede que nada. Acaso un poquito, muy poquito, poquísimo con mi conducta y con mis versos. Pero no estoy muy segura y esa inseguridad me deprime. Quisiera que mi compromiso ético hubiera dado resultados más palpables y, sobre todo, más útiles. Pero no estoy segura de haberlo conseguido. En realidad no lo sé. Eso es lo terrible: que no lo sé.

En una larga misiva recibida poco después de nuestro primer conocimiento, Angela Figuera me hablaba de sus nietos y escribía: "Son mi 'refugio' en la vida terrible de estos años demenciales, tan llenos de sucesos horrorosos, de contradicciones insoportables, de mentiras que hieren... He llegado a creer que los niños y las bestias son los únicos seres verdaderamente puros e inocentes, lo único auténtico que nos queda en el mundo". La misma pluma que un día muy próximo aún salía al encuentro de los hombres de veinte años para invitarnos a compartir su fe en nuestra propia juventud:

*Podeís creer que lo he pensado  
/ mucho,  
que lo he llorado mucho antes de  
/ hablaros.  
Han sido largos años de morderse  
los puños y la lengua, mucho  
/ tiempo  
de comulgar con ruedas de moli-  
/ no,  
de comulgar con ruedas de poe-  
/ sía  
a diario y a sabiendas. Tantas pe-  
/ nas,  
tantas jornadas fueron necesarias  
acumulando sangre gota a gota,  
para lograr exacta la medida  
de un hombre y ver colmada su  
/ estatura.  
Ya estáis aquí. Mirandoos, ama-  
/ nece  
sobre las aguas del dolor antiguo.*



© HUMANO (CUBA) 91

Ahora guarda silencio y confiesa no hallar respuesta que justifique su postura. Buscando su mirada de mujer extrovertida, escuchando los retumbos de su voz gruesa, pienso que, en ocasiones, el silencio resulta tan contundente como el trallazo de la palabra y es la prolongación lógica de su poesía, como lo son los nietos de su esperanza puesta siempre en los muchachos de veinte años. Es lástima que la poesía de Angela Figuera no haya alcanzado la vastedad de resonancias que merece.

ROBERT SALADRIGAS

(Este texto fue editado en la sección "Al pie de las letras" del n.º 1938 de "Destino", 23-11-1974).